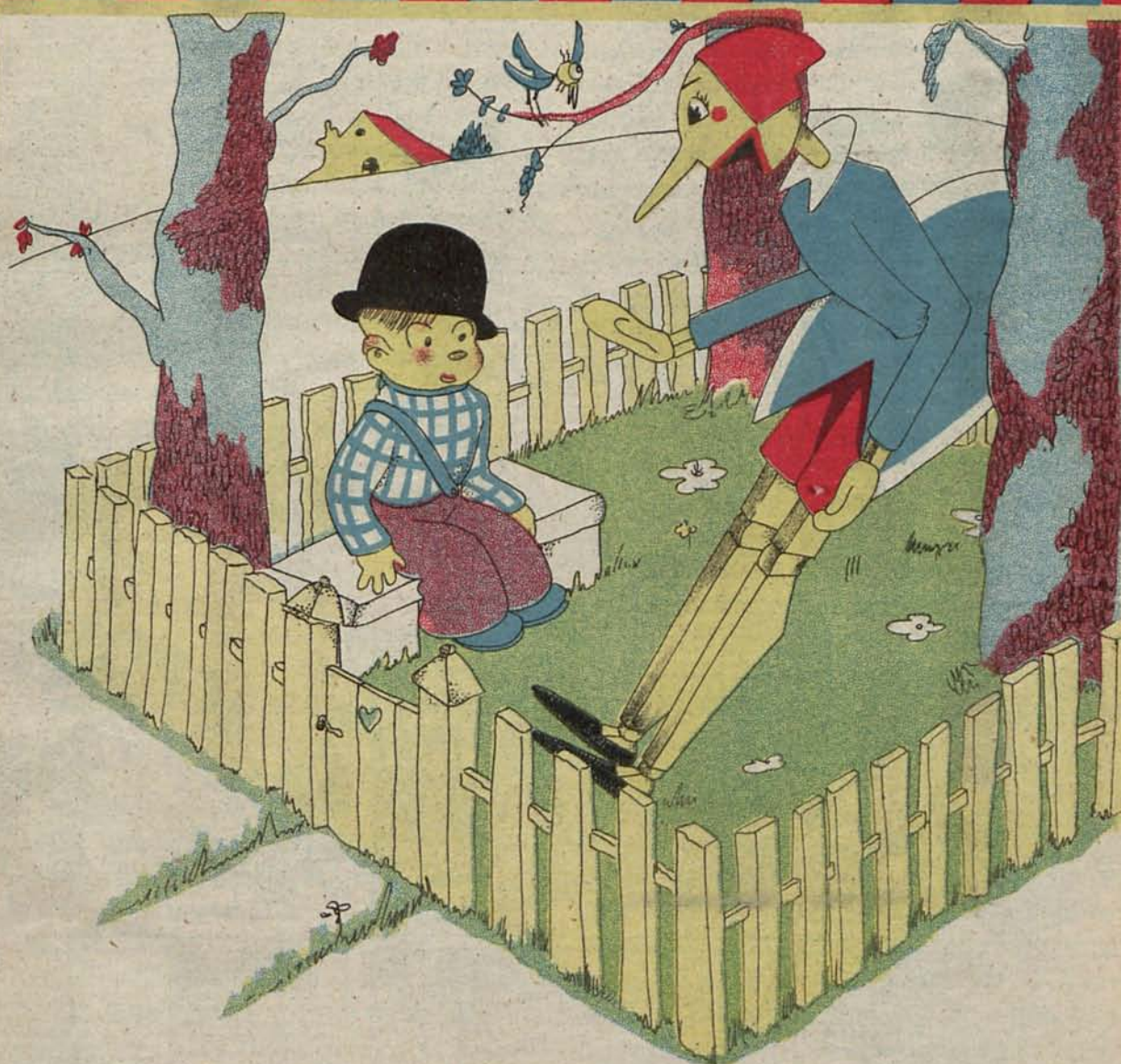


PINOCHO

AÑO. V
NUM. 225

25 cts

9 JUNIO
1929



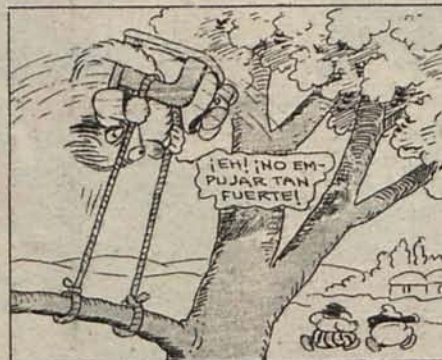
-TU JARDIN ES PRECIOSO PERO MUY PEQUEÑO
-NO SE COMO PUEDES DECIR ESO ¿TE HAS FIJADO EN LA ALTURA DE TECHO QUE TIENE

PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL QUE PUBLICA LOS DOMINGOS LA EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA» S.A.-ADMINISTRACIÓN, CIERRE Y TALLERES: S. SEBASTIAN.-ADMINISTRACIÓN, CORRESPONDENCIA Y SUSCRIPCIONES: MADRID, CALLE DE VALENCIA 28, APARTADO 447.-SUSCRICIÓN: ESPAÑA Y AMÉRICA, AÑO 13 PTS. OTROS PAISES AÑO 23 PTS.



La Tormenta y el Ciclón o Hazañas de Tin y Tón





EL PARALELO 28°17'

POR E. GIOVANOLA Y A. M. BARBIERI

(Continuación)

Fingió no reconocirme, y no cruzó con los dos comensales de su derecha y su izquierda, sino pocas palabras de estricta cortesía. Habíase despojado ya del frac y llevaba un terno de viaje de color oscuro. Al terminar la comida, y sin esperar el café, se levantó, saludó con una inclinación de cabeza, y salió.

Yo me sentí desembarazado, siquiera momentáneamente, como de una pesadilla. La presencia del incógnito, confirmando mis renovadas sospechas, acabó por persuadirme de que era objeto de una persecución. ¿Podía atribuirse a una mera casualidad el hecho extraño de llevar veinticuatro horas encontrando en mi camino a aquel desconocido para quien yo no parecía serlo?

A todo evento compré el día siguiente un magnífico revólver de repetición automática, y cuando lo sentí cargado en un bolsillo apropiado de mi pantalón, me quedé más tranquilo; me pareció tener ya a mi alcance un amigo seguro.

Antes de proseguir mi viaje, comí en la mesa redonda, como la víspera, y aún tuve que encararme con el misterioso francés. Estaba en traje de reunión, y lucía una gardenia en el ojal.

Todavía aparentó no reconocirme; pero más de una vez sentí clavarse en mi rostro la hoja aguda de su mirada cuando inclinándome sobre mi plato me llevaba la comida a la boca.

Aquella fiscalización, aquel acecho continuo y enojoso, acabaron por exasperarme, y casi estuve a punto de pedir explicaciones a mi espía; pero pronto la idea de que tal decisión pudiera provocar de golpe los obstáculos y las adversidades que indudablemente quería él suscitar en mi campo de acción, me disuadió.

Aquella noche me embarqué en el Orión, de la *Navigazione generale*, dejando todos mis bultos en la fonda, a excepción de contados objetos de primera necesidad.

No bien estuve a bordo, pasé revista meticolosamente a todos los pasajeros, di la vuelta al barco desde el comedor hasta las cocinas y las máquinas, y quedé bastante satisfecho al no encontrar a mi obstinado sabueso. Después, en los tres días de navegación, enteramente enfrascado en mis impresiones de viaje por aquel maravilloso Mediterráneo que a cada hora nos ofrecía un espectáculo distinto y superior al precedente, olvidé el singular encuentro, y el frac, y las miradas escrutadoras; o, si pensaba en ello, empecé a creer que había exagerado mis temores, y casi me llegué a persuadir de que todo debía de ser obra del acaso, ya encontrar hasta natural que el desconocido emprendiera su viaje con vestimenta tan poco adecuada, y que, poco al tanto de la red ferroviaria italiana, se hubiese confundido al sacar el billete o al cambiar de tren. Después de todo, un pariente en la agonía o una herencia que recoger, pueden determinar una marcha tan repentina. Y hasta me vituperé por exceso de aprensión y de recelo y por dejarme llevar demasiado de la fantasía.

En Alejandría ya y tentado a creer que aún estaba en Génova a no ser por la turba de árabes que corrían por las amplias calles o vagaban por los muelles en espera de los barcos, me procuré en seguida un mapa grande y bastante detallado del alto Egipto y en él señalé el punto exacto en donde el paralelo 28°17', atravesara las riberas del Nilo. Observé que para llegar allí era preciso trasladarse al Cairo — hay un ferrocarril que allá conduce en cerca de tres horas — y desde el Cairo seguir por el medio más conveniente, por la vía fluvial inclusive, a Medinet-el-Fajum, desde donde no me faltarían

ya sino muy pocos kilómetros para llegar a la meta. Recorté la sección del mapa que en particular me interesaba, y la guardé cuidadosamente en la cartera.

A la mañana siguiente, después de pernoctar en el *Hotel d' Europe*, Plaza de los Cónsules, tomé el tren para el Cairo. Costeamos anchos canales surcados por barcas con velas de todos los tamaños y colores, pasamos a orillas del lago Mareotis viéndose a lo lejos centellear las aguas de otro gran embalse, que era el lago Abukir, atravesamos vastísimos campos en que ondulaban hasta perderse de vista los cereales, el lino, el añil, la caña de azúcar y de los que emergían de trecho en trecho algunas casas bajas del color de la tierra, sin techo, y resguardadas por una tosca cúpula de albañilería recubierta de paja simplemente.

Sobre las esclusas de los canales que cortaban los campos en todas direcciones, veíanse pasar de cuando en cuando, con andar lento y perezoso, mujeres rebozadas en un velo y con los característicos aros de plata en los tobillos.

Y sobre este paisaje, que no tenía nada de exótico fuera de las escasas construcciones y los aún más escasos habitantes que al azar aparecían, una maravilla de cielo tan azul y tan terso y de tan diáfano y vivo esplendor como no se ve sino raramente en nuestra Italia cuyo cielo incomparable ha sido a pesar de ello celebrado en cantos inmortales por todos los poetas del mundo.

Finalmente vieron los ojos delinearse sobre el espléndido azul, el perfil de las colinas líbicas; columbraron las torres de la Ciudadela y los esbeltos alminares de la Mezquita de Mohamed-Alí. Estamos en el Cairo.

¿En el Cairo? Y ¿por qué no en Londres, o en París o Nueva York?

No bien fuera de la estación, una nube de gente, un clamor que asorda, un campaneo continuo, un tráfico constante en todas direcciones de centenares de coches, automóviles, tranvías, bicicletas... Una nube de gente, he dicho; pero, a decir verdad, pocas son las personas que van

a pie, pues todas o casi todas han encontrado puesto en un vehículo cualquiera y se dirigen al centro de la Ciudad; y de la muchedumbre que el tren había vomitado en los andenes, no quedan sino aquellos que no han logrado conquistar un sitio en los carruajes.

Yo era precisamente de éstos; y habiendo buscado en balde el automóvil del Hotel, estaba para dirigirme a alguien con el fin de averiguar al menos mi camino, cuando un chicuelo árabe vestido con un *gandurah* blanco y un fez escarlata en la cabeza, se me acerca corriendo y me pregunta justamente en italiano: —¿Coche?

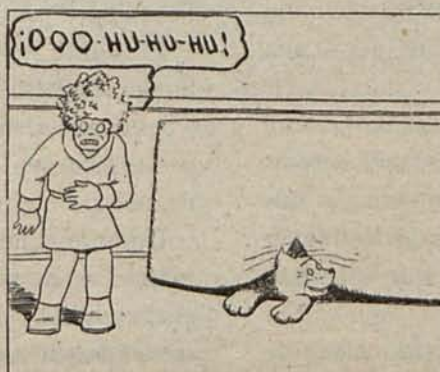
Yo le hago una señal afirmativa y él me vuelve la espalda y corriendo desaparece para volver de allí a poco de pie en el estribo de un inmenso carruaje tirado por un soberbio tronco de caballos blancos. Le doy algunas monedas de propina y subo al artefacto que en un cuarto de hora me deja ante el vestíbulo del *Pandellinus Hotel*.

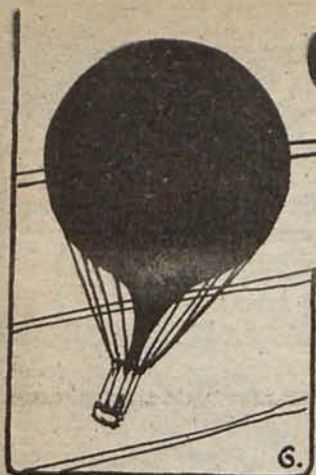
Renuncio a describir la ciudad maravillosa donde todas las formas más activas y características de la vida moderna, se amalgaman con la bien conocida arquitectura y la vida indolente y contemplativa del pueblo musulmán. Diré sólo que por algunas horas, paseando por la soberbia avenida de Shubra y por la gran vía de Kars-el-Nil, en medio de una multitud cosmopolita de señores con trajes de corte parisien y sombrero de copa y señoras de la más refinada elegancia, olvidé que me hallaba a las puertas del Gran Desierto guardado durante siglos inmemorables por la faz misteriosa de la gigantesca Esfinge.

En el Hotel inquirí la forma en que podría proseguir mi viaje. En lugar del ferrocarril, podía aprovechar el siguiente día el barco de la empresa Cook, que sale todos los viernes, que me llevaría hasta Medinet-el Fajum desde donde era fácil continuar en camello o borrico, o aun por agua, fletando una *dahabía*. Me decidí por este último medio como el más apropiado para admirar a mis anchas el país y disfrutar del Nilo,

(Continuará en el próximo número)

ANITA BUEN- CORAZON





UN DRAMA EN EL AIRE

POR E. JALGARI

(Continuación)

Pero el desgraciado no osaba moverse. Miraba con terror el océano que se le abría allá abajo a

ochocientos metros de profundidad y jadeaba afanosamente como si le costase trabajo respirar.

—¡Sube sin miedo!—repitió el oficial.

—No puedo, mi teniente, no me atrevo—balbució el pobre—Me encuentro casi sin fuerzas.

—No mires hacia el abismo pues te puede dar un vértigo.

—No me atrevo a abrir los ojos.

—¡Señor Camarghaos!—gritó amenazador el teniente—¡venga a ayudarme!

—Viento Este—respondió el aeronauta—Vamos bien.

—¿No me oye?

—Sí, será preciso arrojar lastre porque la luna está aun muy alta. Pero esta noche llegaremos allá. ¡Ea, a tirar más lastre!

—¡A usted es a quien voy a tirar yo al mar!—rugió el teniente furibundo.

—¿Y entonces quién le va a dirigir a Vd. el globo?

En efecto, aquel hombre estaba loco. El teniente sentía que un frío sudor le bañaba el cabello. ¿Cómo terminaría aquel viaje con un loco que podía de un momento a otro rasgar el globo y con un pobre soldado que no osaba subir por la escala? Pero ya era demasiado tarde para arrepentirse de haber aceptado el ofrecimiento de hacer compañía a aquel aeronauta imbécil.

El señor Blanco, afortunadamente, era un hombre incapaz de desanimarse y menos de perder la serenidad. Comprendió que antes que nada era preciso salvar al soldado. Siendo dos ya les sería más fácil tener a raya a aquel loco dado el caso de que intentase rasgar la tela del aerostato.

Cogió de un canasto una botella de vino añejo de Oporto que tuvo la precaución de embarcar consigo,

la ató a un cordelillo y la fué bajando hasta donde estaba el soldado, diciéndole:

—¡Bebe, Antonio, que te animará y luego podrás subir!

El muchacho que se sentía extenuado a causa de la conmoción continua que iba sufriendo y por el espanto, no se hizo repetir la invitación. Con mano temblorosa agarró la botella y bebió casi hasta su mitad sin respirar.

—¿Puedes subir ahora?—le dijo el oficial.

—Probare, mi teniente.

—Si te atrae el abismo cierra los ojos: aprieta bien las manos y no temas.

El soldado reanimado por aquel vino generoso sacó primero las piernas y después comenzó a subir. No era miedoso, pues había dado ya suficientes pruebas de valor en diversas ocasiones y además tenía buenos músculos.

Con los ojos completamente cerrados para no sentir la atracción del vacío que en inmenso abismo se abría bajo él, subía ayudándose con ambas manos, con los pies y hasta con los dientes mordiendo los travesaños, especialmente cuando la escala sufría las violentas sacudidas que le imprimía el aerostato.

Pasaron algunos minutos antes que pudiera ascender los siete metros que le separaban de la barquilla pues tenía que descansar con frecuencia.

El teniente se hallaba preparado. Apenas le tuvo a su alcance le sujetó fuertemente por los brazos y con un esfuerzo prodigioso le elevó hasta meterlo en la barquilla.

El pobre e involuntario aeronauta apenas tuvo tiempo de balbucir con voz ahogada:

—¡Gracias, mi teniente!

Después se dejó caer desvanecido sobre los sacos de lastre.

Durante aquel milagroso salvamento el señor Camarghaos no se había separado del aro de madera suspendido bajo la parte inferior del globo y parecía que ni siquiera se daba cuenta de que había surgido un nuevo acompañante en la aeronave.



Sentado a horcajadas entre dos cuerdas seguía explorando el mar y monologando. Sus ojos tenían un resplandor inexpresivo, su semblante aparecía alterado y dilatadas las ventanillas de su nariz.

—Señor Camarghaos,—dijo el oficial—Ayúdeme al menos a hacer que este hombre vuelva en sí.

El aeronauta calló al principio como si no hubiera oído tales palabras, después bajó la mirada y al descubrir la presencia del soldado tuvo de improviso una tremenda explosión de furor.

—¿Quién ha traído aquí a este imbécil?—gritó rechinando los dientes.—Por culpa suya mi globo no va a poder llegar hasta la Luna: ¡a echarlo al agua!

—A usted es a quien vamos a arrojar si no hace lo que le digo—dijo el teniente—¡al diablo con vuestro globo, con su celebridad y la Luna mismal!

—Arrojemos por lo menos algo de lastre.

—Prefiero que vayamos bajando a seguir subiendo.

—¡Ah! ¡ah! ¿desea usted bajar?—gritó el loco—Pues mire allá abajo están los tiburones.

Preocupado con el salvamento del soldado, el teniente no prestó atención hasta aquel momento en el rumbo que llevaba el globo, pero creía que iba siguiendo la línea de la costa aunque algo metido mar adentro.

Fácilmente puede imaginarse su sorpresa y apuro al percatarse de que en media hora se había alejado tantísimo el globo de la costa hasta el punto de que ya nada se veía de la ciudad ni de la tierra firme.

Se hallaban en pleno mar, impulsados hacia poniente por un viento fresco que en vez de disminuir parecía que iba poco a poco en aumento.

El señor Blanco ignoraba la extrema movilidad de un aerostato que solo impulsado por el viento puede recorrer en una hora quinientos o seiscientos kilómetros; no viendo tierra en ninguna dirección experimentó un verdadero sobresalto.

Miró al aeronauta y vió que éste seguía diciéndole entre estúpidas risotadas:

—¡Baje, baje! El mar está ahí debajo.

—¿Pero a dónde nos lleva?

—Yo, a ningún lugar. Seguimos la dirección del viento.

—¿Dónde iremos a parar?

—¡Quien sabe!... a Persia, a Arabia, al Africa... ¿qué se yo? Pero antes tenemos que subir hasta la Luna.

Dicho esto se dejó caer en la barquilla, cogió un saco de lastre y lo arrojó al mar.

—¿Pero qué hace usted—gritó el teniente queriendo detenerle.

—Elevarme—contestó el aeronauta.

—Ya estamos bastante altos!

—No es lo suficiente.

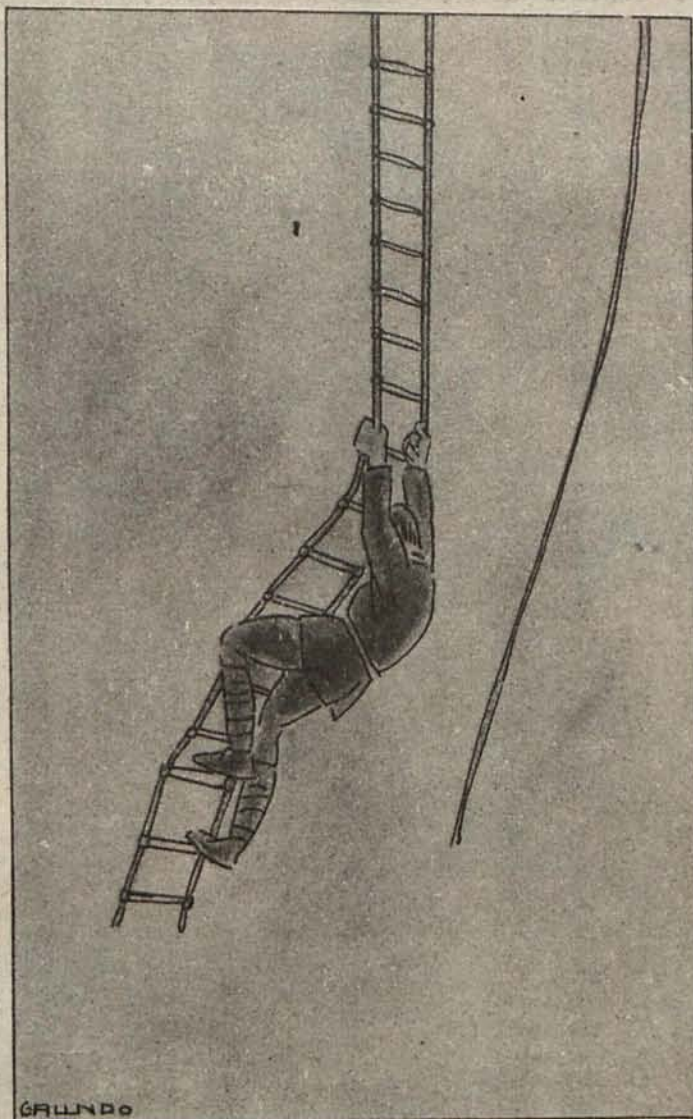
—Pues arrójelo más tarde cuando el globo quede demasiado bajo.

—Como le plazca,—dijo el loco

Y volvió a encaramarse en el aro, cruzando los brazos sobre el pecho y fijó sus miradas otra vez hacia poniente.

El soldado en aquel momento balbució:

(Continuará en el número próximo)





DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHE Y D. TURULATO

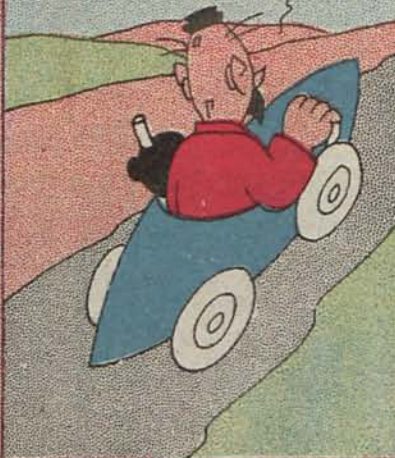


SI ME INVITAS A MERENDAR TE LLEVO EN MI AUTO, CURRINCHE

SI, SEÑOR; LE CONVIDO A SALCHICHAS CON CACAHUETES



VERÁS QUE BUEN DÍA VA A HACER COMO HAGA UN DÍA BUENO



¿TE GUSTA EL SITIO, CURRINCHE?

¡PIRAMIDAL! ¡PERO LE ESTAMOS DANDO LA ESPALDA AL SOL Y ESO ES UNA FALTA DE ATENCIÓN



BUENO, PUES CON VOLVERSE DE CARA ESTAMOS EN PAZ. SACA ESAS SALCHICHAS CON CACAHUETES Y DÉJATE DE CUMPLIMIENTOS



¿PERO DE DONDE VOY YO A SACAR ESAS SALCHICHAS SI NO TENGO NI UNA PERRA?



ESO HABERMelo DICHO EN CASA Y TE HUBIERA TRAI DO EN AUTO UNA TIA TUYA

PUES LLÉVEME A CASA Y AQUÍ NO HA PASADO NADA



¿TE HAS TRAI DO TABACO?

¿YO? ¡PARA QUÈ SI NO FUMO!



PUES SI TE CREES QUE EN UN DÍA TAN BUENO COMO HOY ME VOY A QUE DAR SIN FUMAR ESTÁS EQUIVOCADO



¡ARREA! ¡ESTÁ DESHACIENDO EL AUTO!





COLORÍN y su PANDILLA



CUENTOS DE CALLEJA

Castillo

EL MAGO DE LA LUZ VERDE



L autom6vil en que Aurora viajaba con su institutriz sufri6 de pronto una averfa en el motor. Tras largo rato de infructuosas tentativas para arreglarlo, el mecánico declar6 que sin elementos que s6lo en un taller podrían encontrarse, no se podía poner de nuevo en marcha el coche.

La tarde estaba adelantada; la m6s pr6xima ciudad estaba aun muchos kil6metros y era necesario buscar refugio para pasar la noche.

La 6nica vivienda visible en las cercanías era un antiguo caser6n solitario y a 6l se dirigieron.

La llamada del grueso aldab6n que habfa en la puerta reson6 dentro fuertemente, pero nadie vino a abrir.

—¡Qu6 mala suerte!—dijo el mecánico.
—Aquí, por lo visto, no hay nadie.

Pero Aurora señalando hacia arriba, contest6:

—Hay gente, porque sale humo por la chimenea.

Volvieron a llamar, y entonces se asom6 a una ventana una vieja que pregunt6 qu6 deseaban.

La institutriz era inglesa y apenas sabfa espaol. Por eso, Aurora se adelant6 a explicar lo sucedido y a rogar que les diesen hospitalidad por aquella noche.

Asintió la vieja sin dificultad. Baj6 a abrir y entraron todos.

La casa era antigua y destartada; pero estaba amueblada con cierto lujo y sin nada chocante. Lo 6nico que a Aurora le llam6 la atenci6n fu6 un gran armario que tenfa en las puertas grabadas, como adorno, dos enormes interrogaciones entre paréntesis; asf: (¿?).

El armario estaba precisamente en la habitaci6n inmediata a la alcoba en que Aurora qued6 instalada.

—¡Qu6 raro gusto decorar asf un mueble!

Y sin pensar m6s en ello cerr6 la puerta de su cuarto y se acost6.

Serfa la media noche cuando despert6 sobresaltada. En la habitaci6n contigua se oían lamentos de niños.

Aurora se tir6 de la cama y mir6 por el agujero de la cerradura.

La habitaci6n estaba iluminada d6bilmente por una luz verdosa. Los lamentos parecían salir del armario de las interrogaciones.

Aurora se visti6 a toda prisa. Era muy valiente y querfa enterarse de lo que pasaba allf.

En el momento de abrir la puerta vi6 avanzar por la habitaci6n, hacia el armario de las interrogaciones, a un hombre alto, seco y vestido con un traje rarísimo, que parecfa una hopalanda o una bata de mucho vuelo. Cubrfa su cabeza una especie de cucurucho lleno de pintadas estrellas. En la mano llevaba una l6mpara que despedfa una luz verdosa.

El mago se encamin6 hacia el armario, y, sin necesidad de llave, le abri6 diciendo:

—Cabezas, cabecitas,
Os mando abrir;
Para todos no;
Pero ahora, sf.

Lo que ocurri6 entonces fu6 horrible.

Las puertas de las interrogaciones se abrieron de par en par y dejaron ver el contenido del armario que eran diez cabezas de niños. Todas lloraban y gemfan,

—¿Por qu6 lloráis, cabecitas?—pregunt6 el mago—. Hoy no quiero sacaros m6s que veinte gotas de sangre.

Una de 6stas pregunt6 al mago:

—¿Cu6ndo habr6 concluido nuestro tormento?

—Cuando una niña os haga una cruz en la frente con el aceite de esta l6mpara. Pero, aquf no hay niñas, ni esto lo sabe nadie. Asf que tenéis para rato.

Gimieron las cabezas, y el mago, despu6s de guardar en una redoma las gotas de sangre que empleaba para sus filtros, cerr6 el armario y se fu6, llev6ndose la

misteriosa l6mpara.

Aurora no tenfa miedo, porque decfa que no sirve m6s que de estorbo. Pero sintió una gran pena por aquellos pobres niños.

Apenas vi6 desaparecer al mago, entr6 resueltamente en la habitaci6n y dirigi6ndose al armario, repiti6 las palabras que habfa oído al mago de la luz verde:

—Cabezas, cabecitas,
Os mando abrir;
Para todos no;
Pero ahora, sf.

El armario se abri6 inmediatamente; y las diez cabezas al ver una niña en vez del mago se pusieron contentfsimas.





Aurora dijo:

—¿Quién sois? ¿Por qué estáis aquí?

—No lo sabemos—contestó la más linda de las cabecitas, que era de un precioso niño rubio con los ojos azules.

—Nos robó ese mago de la luz verde—dijo otra cabecita de bucles negros y ojos vivos e inteligentes—, y aquí nos tiene para usar nuestra sangre en sus brujerías.

—¡Pero tú puedes salvarnos!—añadió una tercera cabecita, cuyo pelo castaño caía graciosamente.

—Lo he oído—se apresuró a decir Aurora—. Y estoy dispuesta a todo para salvarlos.

—Pronto vendrá el mago de la luz verde—, contestó la cabecita rubia.

—Siempre viene tres veces—, explicó la cabecita de los bucles negros.

—Y ¿cómo le quitarás la lámpara?—dijo la cabecita del pelo castaño.

—Ahora lo verás—dijo alegremente Aurora—. Ahora callad que voy a cerrar el armario para que el tío ese no se dé cuenta de nada.

Así lo hizo. Después buscó una cuerda larga, y la ató por los dos extremos a las paredes del cuarto por donde el mago entraba, y a una altura de poco más de dos palmos. Cogió una cachiporra, y esperó.

Al poco rato se abrió la puerta y apareció el mago, llevando en la mano su lámpara. Avanzó con descuido; pero, al dar un paso, enredáronse sus pies en el cordel y dió con su cuerpo una terrible caída. En aquel momento avanzó Aurora, y, con una decisión impropia de sus años, asestó al mago en la cabeza tan enorme porrazo, que le hizo perder el conocimiento.

Cogió la niña la lámpara, que no se había apagado, y, acercándose al armario, repitió otra vez las palabras misteriosas:



—Cabezas, cabecitas,
Os mando abrir;
Para todos no;
Pero ahora, sí.

Y, al momento, se abrió el armario.

Aurora, sin perder un instante, mojó sus deditos en el aceite de la lámpara, y con él hizo una cruz en la frente de cada una de las encantadoras cabecitas. Al punto cada una recobró su cuerpo, y todos los niños, alegres, abrazaron a su bienhechora.

Y ahora—pregun-

tó ésta—, ¿qué hacemos del mago?

—¡Matémosle como a un perro!—gritaron los niños, indignados.

—No, eso no—exclamó Aurorita—. Voy a hacer con él lo mismo que con vosotros; de ese modo es posible que se arrepienta y vuelva a la gracia de Dios.

Y, diciendoy haciendo, acercóse al mago, y, con los dedos mojados en aceite de la lámpara, le hizo una cruz en la frente.

No bien hubo trazado el signo del cristiano, se oyó un ruido formidable, y el mago estalló, convirtiéndose su cuerpo en ceniza.



Todos los niños querían volver a sus casas; pero como eran de puntos diferentes y muy lejanos, no sabía de qué modo podrían volver, hasta que uno de ellos, dijo:

—Para traerme aquí, dijo el mago unas palabras, y la lámpara se transformó en un caballo con alas.

—Y ¿qué decía?—preguntó Aurora.

—Lamparita, lamparita,

Un caballo en seguidita.

Entonces Aurora repitió estas palabras, y la lámpara convirtióse en un hermoso caballo con alas, que al instante empezó a llevar los niños a sus respectivas casas. Cuando terminó sus viajes volvió al lado de Aurora, y le dijo:

—Conviértete en lo que quieras. Tú eres mi dueña.

—Pues conviértete en lo que fuiste, que yo no necesito más que a Dios y a mis padres.

Desapareció el caballo, dejándose allí, al sacudirse, un montón de piedras preciosas, con cuyo producto todos fueron muy ricos, y de las crines soltó un papel en el cual se leía:

«El amor al prójimo siempre tiene recompensa».





¿QUÉ QUIERES SABER HOY?



—Dime, curioso Chonón ¿qué quieres saber hoy?

—Quiero saber si tú has visto algún canguro.

—He visto muchos. Cuando yo era joven estuve una larga temporada en Australia y allí había canguros por todas partes.

—Ya hará años de esto, ¿verdad querido buho?

—Bonita manera de llamarme viejo. Pues has de saber que no hace tantos como los que tú tienes; de modo que ya ves como no nos distanciamos tanto en edad. Si yo soy viejo no te falta a ti mucho para serlo también.

—Bueno hombre, no te incomodes y vamos a hablar del canguro. Tú que los has visto los debes de conocer perfectamente.

—Los canguros son animales de un aspecto rarísimo. Desde la cabeza, que es muy parecida a la del ciervo y a la de la liebre, va ensanchándose bruscamente el tronco hasta llegar a la región lumbar que es la robusta y provista de dos patas desproporcionadamente desarrolladas. En cambio la cabeza es muy pequeña en relación con el resto del cuerpo, y lo mismo sucede con las patas anteriores que por su tamaño pequesísimo parece que no han de servirle para nada. La cola es muy larga y gruesa, fuerte y dotada de vigorosos músculos.

—¿Es cierto que los canguros tienen una bolsa en el vientre para llevar a sus hijuelos?

—Así es, querido Chonón; cuando nace el hijuelo la madre lo coge con los dientes, abre su bolsa con las patas delanteras lo deposita en ella y le coloca una mama en la boca. El canguro recién nacido es una cosa pequesísima. Más que un animal parece una masa informe en la que apenas están indicados ni los ojos, ni las orejas, ni la boca, ni los miembros de su cuerpo. Nace tan raquítico y tan falto de fuerzas que ni aun siquiera las tiene para mamar.

—¿Entonces cómo se las arregla para alimentarse?

—Después de nacido y una vez que la madre lo ha colgado de su mama, permanece ocho o más días en esta forma, como un cuerpo inerte, pero merced a una disposición especial, la leche se introduce directamente en la boca del hijuelo. Una vez que ha tomado fuerzas, mama por sí solo y va haciéndose más fuerte y desarrollado. La madre lo cuida con mucha ternura y al principio lo guarda muy oculto en el fondo de su bolsa, no permitiendo que ningún otro animal de su especie se acerque a verlo. Esta cautela cesa tan pronto el pequeñuelo tiene ya aptitudes propias para moverse y asoma su diminuta cabecita por la entrada de la bolsa. Es curiosísimo observar cómo la madre, cuando ha de huir ante la inminencia de un peligro, avisa a su hijo dándole unos golpecitos con sus patas anteriores para que se refugie en su escondite. Cuando el joven canguro puede ya abandonar la bolsa materna, no se aparta durante bastante tiempo del lado de su madre, buscando siempre su tierna protección y al menor asomo de peligro vuelve a esconderse en el refugio de la bolsa. Cuando la madre le avisa que el peligro ha pasado, asoma la cabeza, mira con actitud muy cómica a su alrededor, y seguro ya de que no hay riesgo alguno salta otra vez a tierra.

—¿Qué instinto más admirable! ¿Son muy inteligentes los canguros?

—No lo creas. Todas los marsupiales son en general muy torpes, pero quizás el más atrasado en inteligencia de todos ellos sea el canguro. A veces se lanzan al peligro a tontas y a locas, sin reflexionar en nada, dando saltos tan peligrosos y

tan poco pensados que en más de una ocasión les ha costado la rotura de algún miembro. Todo ello es consecuencia de la lentitud con que funciona su inteligencia. Le falta rapidez en el golpe de vista para darse perfecta idea de qué cosas le conviene hacer y cuales no.

—Ya veo, querido buho, que hay muchos animales más burros que los mismísimos borricos.

—No compares a un animal con otro. El burro no tiene de tal más que el nombre, porque has de saber, mi buen Chononcito, que los asnos son animales inteligentes, además de ser buenos, resignados y prudentes. El borrico conoce a su amo, le coge afecto, le sirve a todas partes, le obedece, y soporta con mansedumbre las duras faenas que se le imponen. Un canguro es incapaz de sentir y hacer todo esto.

—¿Tú crees entonces que los burros no tienen nada de burros?

—Desde luego, y comparados con un canguro puedes decir que son sabios. A un borrico se le traslada de cuadra y el animal acepta el cambio sin la menor resistencia. Para un canguro cautivo cada nuevo lugar es una cosa en extremo rara y embarazosa. Si está acostumbrado a vivir en una jaula determinada es peligroso mudarle de ella, pues en su ceguera por la novedad que el nuevo aposento le causa, es capaz de estrellarse la cabeza contra los barrotes. ¿Qué te parece?

—Que tienes muchísima razón al juzgar a los burros como sabios si se les compara con los canguros. Unos llevan la fama y otros cardan la lana.

—En todo pasa lo mismo, Chononcito. El régimen alimenticio de los canguros es muy variado. Comen yerbas, brotes, retoños, raíces y cortezas de los árboles. Antiguamente se creía que este animal era rumiante pero no se han encontrado en ellos indicios de tal condición. Lo que ocurre es que tardan mucho tiempo en masticar los alimentos, pero una vez tragado ya no vuelve a la boca.

—¿Es fácil cazar a los canguros?

—Muy fácil. Se les persigue por el daño que hacen en los campos y se emplea para darles caza todos los procedimientos imaginables. Lazos, armas de fuego, perros, trampas o simplemente se les hace entrar en un terreno acotado persiguiéndole a gritos pues de estos se asustan extraordinariamente. Su caza ofrece escaso interés utilitario. El canguro suministra escasa cantidad de carne en relación con su corpulencia. Lo más sabroso es el rabo y con él se prepara una sopa muy succulenta. La piel no sirve para nada, pues apenas seca se agrieta y se rompe en pedazos.

—¿No hay canguros en Europa?

—No se ve ninguno. La patria de estos animales es Australia y aún allí va reduciéndose mucho la especie por la tenaz persecución de que son objeto.

—La verdad es que un animal tan torpe y tan inútil no hace falta para nada.

—Pero son muy interesantes su figura, sus movimientos, su vida, las cómicas actitudes que adoptan desde muy chiquitos, la disposición de la bolsa marsupial, la manera de andar a saltos y otra porción de características muy curiosas, que solo estos animalitos ofrecen. Todo en la naturaleza hace falta para algo, querido Chononcito.

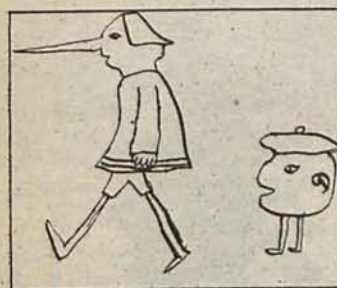
—Eso es verdad. Ya ves como el canguro nos ha servido para nuestra charla de hoy.



COLABORACIÓN PINOCHISTA

DEL MES DE JUNIO

Todos los Pinochistas pueden enviarnos dibujos e historietas para publicarlos en esta sección; pero es condición indispensable que cada trabajo venga acompañado de su cupón correspondiente. Todos los meses se conceden importantes premios a los mejores trabajos publicados.



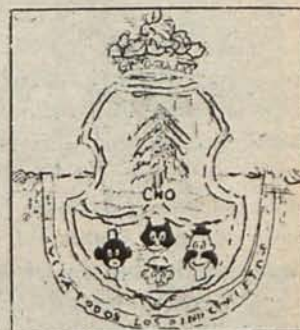
Pinocho y Chapete®
Juanito de la Serna



Valenciana
Inés Jaraquemada



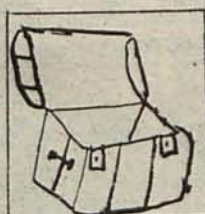
Joaquina Jaraquemada



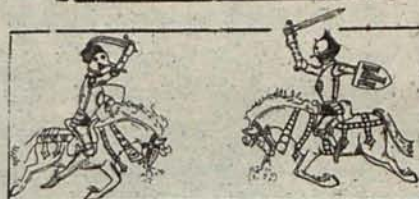
El escudo de Pinocho
N. N.



Una carabela
Ricardo de Zavala



El baul de mi muñeco
Encarnita Alcaide



Un torneo.—Roberto Terradas



Los perros
Aquilino Benito



El biscoí a mi papá
Pepe Leopoldo Guerrero



El escudo de Valencia
Benito Novella



Los grandss cantores Pinocho
y Don Tera
Paco Serriñana



El lechero de mi casa
Marianito Fábregas



Casa de cam o de Pinocho
Salvador Pérez Rivas



Era de cara graciosa
M. de Elzaguirre



Paisaje otoñal.—Manuel Bada



AL-DABA, AL-DABÓN y AL-DABONAZO
es uno de los 8 tomos publicados
en la preciosa Serie Barbilón de
Cuentos de Calleja en colores.

Precio: UNA peseta.



Cagancho brindando
Manuel Díez



La oreja.—José Mario



Una tarde en el campo
Guillermo Acevedo



Pirula
Enrique Sánchez



La calle de mi aldea
Maruja Rodríguez



El trasatlántico Pinocho
J. F. Relañó

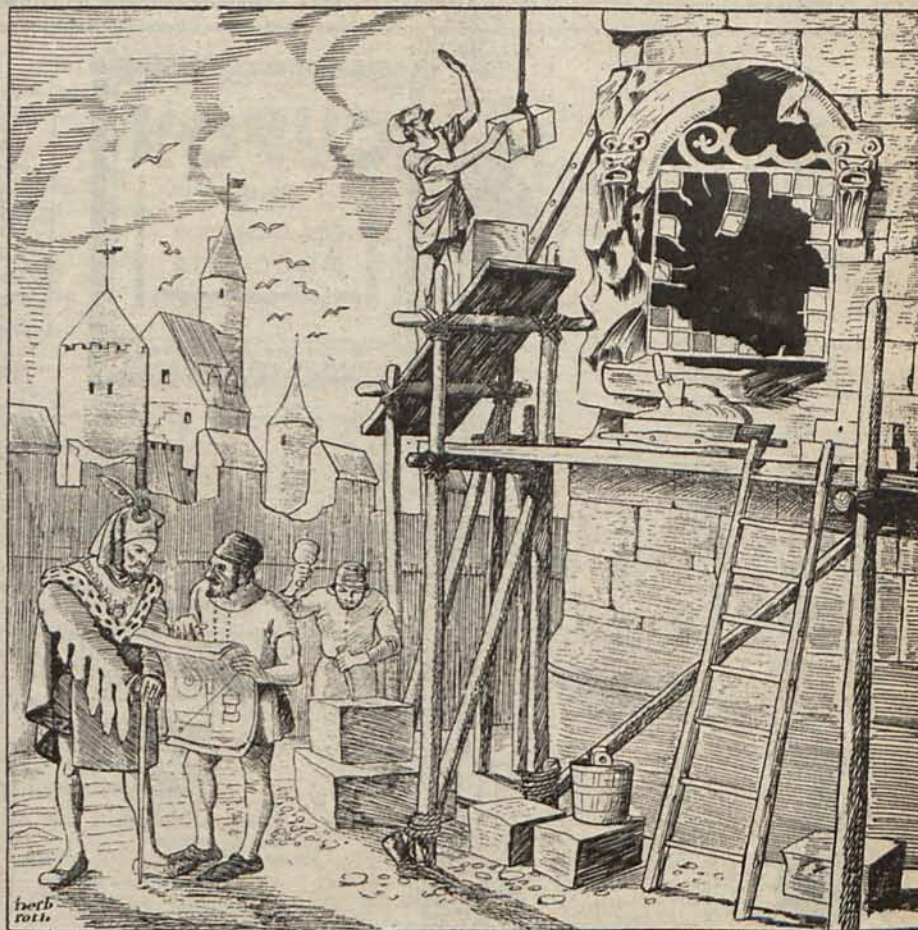
CONCURSO DE PROBLEMAS Y PASATIEMPOS DEL MES DE JUNIO

(Pueden tomar parte en este CONCURSO todos los Pinochistas. El Jurado adjudicará los premios y accésits con diploma entre los Pinochistas que nos remitan mayor y mejor número de soluciones.)

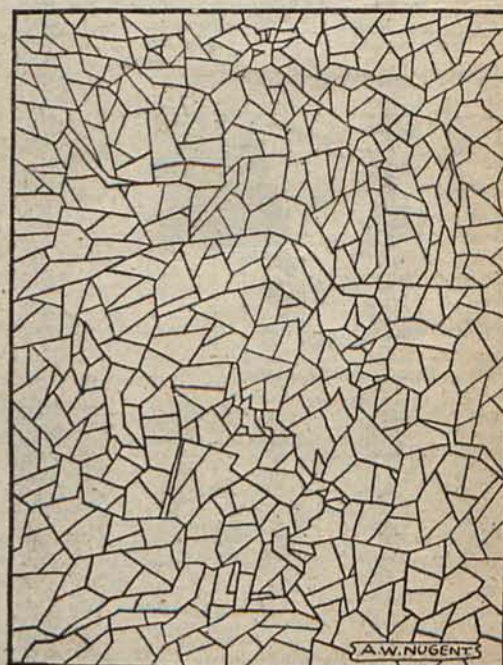
LA VENTANA

Aquilino de Pereda tenía unos terrenos por tierras de Logroño; en estos terrenos un castillo y en este castillo una ventana. Una ventana en la que se pasaba las horas muertas contemplando el hermoso panorama que a sus pies se dilataba. Pero un día... ¡Ay! Un día, un tal Mosquera, que le tenía mucha rabia, tiró una piedra que hizo añicos los cristales. Aquilino de Pereda lloró lágrimas de sangre. Pero no se desanimó, se fué a ver a un vidriero para que le pusiera 64 cristales a la ventana pero de forma que hubiera en ella algunos cristales esmerilados, de tal manera distribuidos que ninguna fila, vertical, horizontal o diagonal tuviera un número impar de cristales esmerilados y que en la ventana, dadas las anteriores condiciones hubiera el menor número posible de los susodichos cristales.

¿Cómo se las arregló el vidriero para complacer a Aquilino de Pereda?



EL MOSAICO



LAS TRES FOCAS



Tres focas acaban de cometer un robo de mantecados en casa de Don Elefante Fernández, pero como las persiguen se han escondido.

¿Dónde están?

¿Os gustan los canguros? ¿Os gustan los búfalos? ¿Os gustan las jirafas? Para comerlos, no, ¿eh? Para verlos. Bueno. Pues si os gustan buscad una jirafa, un búfalo y un canguro que hay en el presente dibujo.

VIDA PINOCHISTA



Carlos González, Andrés Pellini, Julio Molmaci y Enrique Gual



Félix Zugasti



Sanaitale, Seilingo, Toarmina, Herráiz y Ruscio



Angel Pellini

He aquí, amados pinochistas, algunos de los valiosos elementos del «Club Pinocho», de Buenos Aires.

Estos fuertes y sanos muchachos conservan, empero, el alma infantil y llenos de entusiasmo bautizaron con el nombre del gran Pinocho el «Club» que con tanto ardor defienden.

Bajo su bandera libran los más extraordinarios combates y siempre vuelven de la lid, como el caballero Pinocho, vencedores y alegres.

Vaya, con estas líneas, un saludo fraterno para los bravos Pinochistas americanos y quiera Dios que no se le muestre nunca la fortuna contraria a sus propósitos; aunque es inútil semejante deseo. Vencerán siempre. Están cobijados bajo el pabellón de Pinocho y a su sombra nunca llegaron el desaliento ni el fracaso ¡Salud, intrépidos Pinochistas!



Carlos Angel Introzzi



Constancio Labate



José Currás



«Equipo A del «Club Pinocho», de Buenos Aires



Julio Molinari



Juventino Herráiz



Equipo B del «Club Pinocho»

Sección Pirula



Pirula bordadora

Flores modernas: de paño, de seda, de cinta y de encaje

Hablar de flores en primavera, no tiene nada de particular, ciertamente; todo está ahora lleno de flores,

y hablar de ellas en este tiempo es tan corriente como hablar de frutas en verano, de espigas en el otoño y de nieve en el invierno.

Y dado los siglos que hace que hay flores en la tierra y dado el tiempo que hace que las niñas las toman de modelo en sus labores, no parece que el tema pueda ya ofrecer novedad alguna.

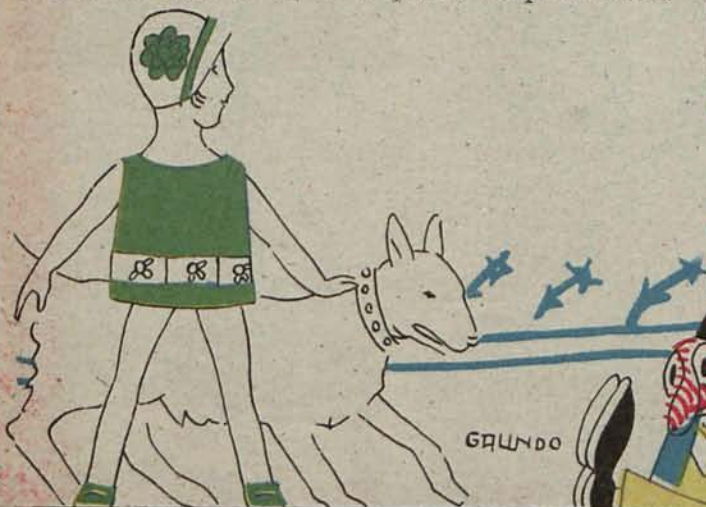
Porque una rosa de hoy se parece a una rosa de hace mil años y las camelias que habrá dentro de diez siglos se parecerán a las de hoy.

Sin embargo, no sucede así con las que bordamos. Ya véis si en el tiempo que llevamos charlando os he ofrecido motivos de flores para vuestras labores; pues todos son flores y todos son diferentes. Y si me apuráis, os presentaré hasta cincuenta claveles que parezcan todos claveles y todos sean distintos. ¡Talento que tiene vuestra Pirula!

(No necesito recordaros que las muñecas no tenemos abuelas).



Además, tampoco hace falta bordar solamente rosas, ni dalias, ni crisantemos, ni lirios, ni azucenas, ni margaritas... ni ninguna flor que existe ya en la naturaleza; con lo artistazas que somos, nos bastamos y nos sobramos para inventar flores nuevas, ¿no es verdad? Y en lugar de bordarlas a cualquier punto conocido, las vamos a fabricar de diferentes maneras; luego las pegaremos donde se nos antoje y obtendremos así labores que además de ser preciosas, sean muy originales y muy modernas... a pesar de estar hechas a base de cosas tan viejas y tan corrientes como son las flores. Si se trata de adornar nuestro cuarto, o sea de hacer flores para almohadones, pantallas, biombos, etc... utilizaremos telas gruesas y rígidas, como el paño, la bayeta, el terciopelo, el fieltro. Así son las flores números 1, 2 y 3. Fijaos en que la flor n.º 3, se pega, siguiendo sus contornos a punto de festón, con puntadas muy espaciadas. En cambio, las flores n.º 2 y n.º 3, quedan completamente a



realce, al aire, y son de quita y pon. Los pétalos del n.º 1 están simplemente bordeados a punto de grebiche. mientras que los de la flor n.º 2 están bordeados por una cintita muy estrecha. Estas flores resaltarán doblemente si se pegan sobre un fondo de enrejado, de anchos agujeros, formado por cintas estrechas entrecruzadas. Aun cuando las flores de paño son más propias para mobiliario que para vestuario, se utilizan mucho también para sombreros y para chalequitos y gabanes cortos de estilo deportivo.

Pero en general para vestidos, es preferible la flor de seda como el n.º 5; los pétalos son muy fáciles de ejecutar; el centro se compone de bolitas formadas por redonditos de tela rellenos de algodón en rama.

Estas flores de cinta son de un efecto delicadísimo en vestidos de los llamados «de estilo»; se hacen en tafetán, o en moaré; para la casa, principalmente para almohadones, pueden hacerse en raso.

¿Y las flores de encaje? Estas son quizá las más fáciles de todas de ejecutar, utilizando para ello una puntillita muy estrecha, que se frunce. Si la puntilla se deja en blanco o se tiñe ligeramente con té, el adorno resultará indicado sobre todo para ropa interior. Pero puede teñirse la puntilla en toda suerte de colores y utilizar este adorno para ligeros vestidos veraniegos de vuelo, de muselina, de organdí o de crespón. Una idea muy nueva consiste en teñir la puntilla en el mismo color que la tela del vestido, pero en un matiz más claro o más oscuro; las hojas se hacen de cinta y, para mucho vestir, pueden hacerse de cinta de plata. Lo mismo que las flores de seda, estas flores de encaje pueden utilizarse para almohadones, pantallas, etcétera... pero siempre que sean de estilo antiguo..

